

Hacienda Chiclín, 24 de abril de 1929

Srta. Dña.
 Angélica Palma,
 Miraflores.

Muy distinguida señorita y amiga:

Hace mucho tiempo que he deseado escribirle; pero las múltiples ocupaciones de mi vida de empleado obligáranme, casi siempre, a postergar la satisfacción de ese deseo. Aprovecho hoy un respiro, material y espiritual, para cumplir el grato deber de reiterarle el testimonio de mi rendida simpatía, y mis expresiones de gratitud por las gentilezas que tuvo Ud. con mi esposa durante su estada en Lima, a mediados del año ppdo.

Siguiendo indicaciones de ella, que parece los ofreció a Ud., me permito incluir los versos que premió un jurado trujillano en concurso celebrado en febrero de 1928, con ocasión de los carnavales. Nada valen, lo sé, y es sólo cediendo a sus instancias, y teniendo en cuenta que toda oferta es deuda que hay que cumplir, que me aventuro a enviárselos. Desde luego que me alienta también, en este caso, la generosidad de espíritu de Ud., tan comprensiva y bondadosa siempre para todas las cosas de la vida, y particularmente para las "debilidades" de los hombres.

Estoy interesado, y no de ahora, en tomar una suscripción de "El Sol" de Madrid, periódico en el que Ud. colabora tan brillantemente. ¿Sería Ud. tan gentil de indicarme si la empresa editora de ese diario tiene agencia establecida en Lima, o cómo debo proceder para obtenerla? Mil y mil gracias desde ya, señorita y amiga.

Sigo de cerca, en la medida de lo posible, su actuación en el Consejo Nacional de Mujeres y en el seno de Entre Nous, y cada vez la admiro más como mujer. (Importaría redundancia decirle que en la misma medida crece mi admiración hacia la novelista y la escritora, porque, desde el punto de vista literario, el valor de Ud. no admite discusión).

¿Ha escuchado Ud. la palabra de Jinarajadasa, el filósofo hindú que visitara últimamente Lima? Yo he leído, con delectación suma, sus dos primeras conferencias, y estoy ávido por leer las demás. Poniendo a un lado la doctrina, la cosa sectaria, no es posible negar que hay mucho de belleza, de vida superior, más humana, y por eso mismo más digna, en su evangelio. ¿Un sembrador de ensueños? Quizás. Pero eso basta.

Noto que, sin quererlo, estoy abusando de su hospitalidad intelectual. Perdón.

Reciba Ud. cordiales saludos de mi esposa; tenga la bondad de transmitirlos a sus distinguidas señoritas hermanas, y una a ellos mis respetuosos homenajes.

Obsecuentísimo servidor de Ud.:

Américo Pérez Treviño

CO-AP2

Caj 2

Doc 704

fol. 1